

los Estados Unidos y su continua infiltración económica. En términos locales, es un debate entre los «nacionalistas», preocupados por el desarrollo de las bases heredadas de Europa y desarrolladas en forma propia, y los «continentales», convencidos de la necesidad de una integración mayor de los dos vecinos de América del Norte. Trudeau es partidario decidido de la primera solución. En 1972, el informe de Sharp, publicado por el gobierno hablaba de «reducir la vulnerabilidad» de Canadá mediante la reducción de su dependencia económica de las grandes compañías de Estados Unidos. Recogía, en parte, las apreciaciones del «Informe Gray» publicado por el gobierno el año anterior y en el que se decía claramente que la implantación de compañías de Estados Unidos en el territorio de Canadá estaba produciendo «una confrontación creciente» con los Estados Unidos.

El gobierno Trudeau no se ha limitado a la teoría. El pasado mes de enero se enfrentó de una manera nacionalista a la crisis mundial de energía: decidió que cesarían las importaciones de petróleo árabe de Quebec y otras provincias del Este y que se abasteciesen del petróleo nacional extraído en el Oeste, en la zona del lago Alberta. Ahora bien, este petróleo se estaba vendiendo a los Estados Unidos en una gran proporción, y su explotación estaba hecha por compañías con capital de Estados Unidos. La lucha quedaba abierta. Quizá hubiese necesitado Trudeau en ese momento una mayor audacia y un cambio total en las estructuras económicas que le reclamaba, principalmente, el partido surgido de su propio izquierda, el Neodemócrata: laborista, considerado a sí mismo como socialdemocrático. La exigencia era la de que se limitasen los beneficios de las compa-

ñas de petróleo, se realizara una política avanzada fiscal y un control de precios y salarios.

Pero Trudeau disponía, después de las elecciones de octubre de 1972, de un gobierno minoritario. Contaba con 109 diputados, frente a 107 de los conservadores y 31 del Nuevo Partido Democrático. Desde entonces, su vida ha sido un calvario. Ha tenido que evitar todos los escollos que le conducían a las votaciones de confianza, donde hubiese sido derrotado. Sus medidas han sido medidas a medias, destinadas a complacer o por lo menos a no hostilizar a la doble oposición de la izquierda y de la derecha. El presupuesto que ha presentado ahora a la Cámara ha sido tímido: no contenía las reformas pedidas por la izquierda, pero no era agradable a la derecha. La votación en los Comunes (el sistema político canadiense, dentro de la Commonwealth, es una copia del británico) le sido adversa, y el presupuesto rechazado. Trudeau ha empleado el recurso que le permite la constitución: disolver la Cámara y convocar nuevas elecciones para el mes de julio. Su esperanza es la de conquistar la mayoría —reconquistar la que le dio el gobierno en 1968— y poder gobernar sin chantajes ni coacciones. La idea de que un gobierno que se ha mostrado antiamericano pierda las elecciones inmediatas es ya un mal augurio. Pero tampoco los conservadores podrán conquistar la mayoría, y su coalición repentina con los neodemócratas ha sido solamente coyuntural: no puede prevalecer en un programa común. Quizá de aquí a julio Trudeau pueda convencer a la izquierda de que le apoye; pero de nuevo será su prisionero. Los Estados Unidos han conseguido un triunfo más. Y de paso, Europa ha perdido otra baza.

congénito de una sociedad en la que los hombres deben reproducirse en las basuras, como las moscas, vivir de las sobras de los banquetes y resistir todos los tóxicos, para que otros vivan en la opulencia.

El Departamento de Agricultura de los Estados Unidos —pesca-dores en río revuelto—, reveló recientemente algunas de las ganancias derivadas de la crisis mundial de alimentos. Las víctimas fueron los países latinoamericanos, que en 1973 tuvieron que pagar 420 millones de dólares más por la misma cantidad de alimentos que importaron del Norte un año antes.

El Departamento de Agricultura confesó que el intercambio comercial con América Latina dejó a los Estados Unidos un superávit de mil millones de dólares. Ese intercambio tiene perspectivas sombrías, según se desprende de los estimados de disponibilidades globales de ciertos alimentos en el hemisferio occidental. De unos 460 millones de toneladas —cereales, papas y otros tubérculos, leguminosas, oleaginosas, azúcar—, el 74 por 100 corresponde a los Estados Unidos, que tiene menos de doscientos treinta millones de habitantes, y el 26 por 100, a América Latina, con más de trescientos millones de habitantes.

América Latina, de hecho, tiene en general una agricultura que retrocede. Su producción global descendió casi un 4 por 100 en el período 1960/70, y en un 3 por ciento, en los primeros años de la presente década. Brasil, con una agricultura que tuvo 0,7 por 100 de crecimiento en 1972, necesitaría unos cien años a ese ritmo para duplicar la actual ración alimenticia de los brasileños.

Las estadísticas de producción y consumo reflejan que América Latina tendrá que pagar en 1974, a precios de sangre, más de tres mil millones de dólares en alimentos, procedentes en su mayor parte de los Estados Unidos. Brasil debe invertir unos 700 millones de dólares para adquirir cerca de tres millones de toneladas de trigo cuyo precio en 1972 era de 96 dólares la tonelada métrica, y a fines de 1973 rondaba los 200. Los trabajadores brasileños que quieren comer pan tendrán que pagar el incremento del precio. Una revista económica argentina («El Cronista Comercial 17/73») decía que «las naciones del Pacto Andino importaban hace diez años alrededor de 300 millones de dólares en alimentos, pero actualmente importan el triple, e importarán todavía más». Chile debe disponer este año 700 millones de dólares para cubrir sus déficits.

América Latina, según un informe del Fondo Monetario Internacional, ocupa el primer lugar entre los países que registran mayores incrementos en el precio de los alimentos. En 17 países latino-

americanos ha sido superior al 50 por 100.

No es difícil advertir que el continente desnutrido debe ese primer lugar a las relaciones comerciales con Estados Unidos y sus especuladores. En América Latina son pocos los países que alcanzan los niveles diarios de proteínas y calorías señalados como indispensables para el ser humano, pero la situación es mucho más grave de lo que reflejan los promedios nacionales, porque la desigualdad social que existe implica desigualdad en las posibilidades de consumo. Esas posibilidades, según cifras de la CEPAL, se encuentran en el 5 por 100 de la población con altos ingresos, pero disminuyen notablemente en el 45 por 100 que tiene ingresos entre 100 y 500 dólares.

Los ingresos del 50 por 100 restante no llegan a 60 dólares anuales —cinco dólares mensuales— apenas suficiente para aquella ración miserable de arroz, yuca o maíz. Son los que andan con el estómago como un saco vacío.

El problema de la escasez y los altos precios de los alimentos —sometidos estos más que a un proceso de mercado a un proceso de extorsión— plantea una situación dramática para los grupos de bajos ingresos. El drama se convierte en pesada angustia para las masas empobrecidas, para los millones de desempleados y subempleados en la ciudad y en el campo y para los tristes habitantes de los cantegriles uruguayos, las favelas de Río de Janeiro y Sao Paulo, y las «villas miserias» que manchan la piel del continente. El problema no radica en la «sequía» o en la «explosión demográfica». La naturaleza y la reproducción de la especie no son los agentes causales de la escasez de alimentos y de la especulación con los precios. Las condiciones climáticas y meteorológicas han sido relativamente buenas en los últimos años en las principales zonas agrícolas del continente. América Latina, por otra parte, tiene la menor proporción de habitantes por kilómetros cuadrados en el mundo, y la mayor proporción de tierras sin cultivar.

La cepa del problema se encuentra en las arcaicas relaciones entre el hombre y la tierra, en la existencia de grandes latifundios, en la presencia de una casta de terratenientes poderosa e improductiva, en la ausencia de técnicas avanzadas de explotación que permitirían elevar la producción, la productividad y los rendimientos agrícolas. En una estructura agraria, en síntesis, que no corresponde a las necesidades sociales y económicas de nuestros tiempos. La médula de toda la cuestión está fundamentalmente en la estructura económica y social que responde como un robot a una relación de dependencia del imperialismo norteamericano. ■ JOSE A. BENITEZ.

## AMERICA LATINA

### El problema de la alimentación

Para el hombre latinoamericano —obrero o campesino— que vive de una ración miserable de arroz, yuca o maíz y anda siempre con el estómago como un saco de yute vacío, la frase «crisis mundial de la alimentación» probablemente tendrá una significación muy íntima. Para ese hombre tendrá muy poco sentido saber que «el alza de los precios de las exportaciones agrícolas norteamericanas ha producido una sustancial disminución en el superávit comercial que en ese rubro América Latina ha tenido tradicionalmente con los Estados Unidos». Ese hombre, creador de

riquezas, desconoce cómo nace, cómo crece y cómo se nutre una planta, un ser humano o una economía.

No sabe sobre el «superávit comercial», de la erosión de la tierra, de la distribución del ingreso, del intercambio desigual, de la función de las proteínas o del Departamento de Agricultura del imperialismo norteamericano.

No se sabe que para las poderosas empresas estadounidenses y para la oligarquía de su patria, el incremento en los precios de los alimentos es una forma de enriquecerse con la escasez y el llanto de la tierra, y es el fenómeno